

NEW LEFT REVIEW 126

SEGUNDA ÉPOCA

ENERO-FEBRERO 2021

ARTÍCULOS

| | | |
|----------------|---------------------------------|-----|
| MIKE DAVIS | Guerra de trincheras | 7 |
| DYLAN RILEY | Líneas de fractura | 39 |
| JEREMY ADELMAN | ¿El fin del paisaje? | 57 |
| MICHAEL MAAR | Por sus epítetos los conoceréis | 75 |
| TOR KREVER | En el zarzal | 83 |
| DAVID HARVEY | Valor en movimiento | 105 |

CRÍTICA

| | | |
|---------------|-----------------------|-----|
| SUSAN WATKINS | La derecha fracturada | 126 |
| TOM MERTES | ¿El pueblo elige? | 134 |
| AGNÈS MAILLOT | Cuestiones irlandesas | 143 |

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

INSTITUTO
25M
DEMOCRACIA

ts
traficantes de sueños

SUSCRÍBETE

MIKE DAVIS

GUERRA DE TRINCHERAS

Notas sobre las elecciones estadounidenses de 2020

ASUMIMOS QUE MOMENTOS de gran agitación social y peligro para los seres humanos dan lugar a reacciones políticas igualmente dramáticas: levantamientos, contrarrevoluciones, nuevos pactos sociales y guerras civiles. Lo único en lo que están de acuerdo la mayoría de los estadounidenses es en que vivimos en un momento de estas características, que vivimos la mayor crisis nacional desde 1932 o incluso desde 1860. En un contexto de plaga, *impeachment*, violencia racista y desempleo, un partido defiende la perspectiva de un gobierno autocrático y el regreso a los días felices de la República blanca, mientras el otro ofrece un regreso sentimental al centrismo multicultural de los años de Obama (la promesa de Biden de un «*new new deal*» solamente podía seducir a oídos progresistas muy crédulos). Ambos partidos miran hacia atrás, de modo solipsista y despegado de la realidad económica, pero el primero se hace eco del lado más oscuro de la historia moderna. Se suponía que la votación, celebrada en un día en el que más de cien mil estadounidenses dieron positivo por COVID-19, debía dar lugar a un veredicto definitivo sobre Donald Trump. De hecho, los intentos cada vez más frenéticos del presidente de deslegitimar la elección parecían indicar su recelo de un aplastante triunfo demócrata. El recuento definitivo muestra que se enviaron por correo o se emitieron en persona alrededor de 160 millones de papeletas, lo que representa la tasa de participación más alta en ciento veinte años. Se esperaba un resultado arrollador.

Pero el resultado final de las elecciones es prácticamente una fotocopia de 2016: los desastres acumulados durante los últimos cuatro años apenas parecen haber movido la aguja. Biden obtuvo una victoria por la

mínima, en algunos estados sólo por márgenes microscópicos, que le supusieron 306 votos electorales, prácticamente los mismos que obtuvo Trump hace cuatro años (304). Un total de 256.000 votos en cinco estados clave le proporcionaron 73 de esos votos, mientras que gran parte de su voto popular mayoritario, de aproximadamente 6 millones, como los 3 millones anteriores de Clinton, se arrojaron simplemente en contenedores de basura azules como California, Massachusetts y Nueva York sin añadir votos en el Colegio electoral.

CUADRO I: MARGEN DE VICTORIA DE BIDEN

| | | |
|-------------|---------------|---------|
| Pensilvania | 63.000 | 0,9 % |
| Michigan | 147.000 | 2,6 % |
| Wisconsin | 21.000 | 0,5 % |
| Georgia | 14.000 | 0,3 % * |
| Arizona | 11.000 | 0,3 % |
| | <hr/> 256.000 | |

* En Georgia, según Bernie Sanders (8 de noviembre), Biden obtuvo el 90 por 100 de los votos de jóvenes negros y un sorprendente 62 por 100 de los jóvenes blancos.

Si Biden, según el cómputo de Edison Research, ha mejorado los porcentajes obtenidos por Clinton entre hombres blancos y posiblemente católicos, Trump mejoró por márgenes similares su voto de 2016 entre hombres negros, asiáticos y de clase media alta. Diferentes encuestas a pie de urna dan estimaciones diferentes de la brecha de género, pero Edison Research solo mostró el aumento del 1 por 100 (un poco más en el caso de los votantes negros) en comparación con 2016. Las mujeres blancas aumentaron en realidad su preferencia por Trump, mientras que las latinas se mostraron más favorables a Biden que a Clinton, en ambos casos el 3 por 100. Aunque el 60 por 100 de los votos seguían correspondiendo a personas de 45 años o más, el voto de los menores de 30 años fue el único que realmente coincidió con las predicciones: un aumento en la participación, que pasó del 42 por 100 en 2016 al 53 por 100 en 2020¹. Aparte de ello, las diferencias para la victoria o la derrota fueron milimétricas. Independientemente de cómo se miren los resultados, la «casa dividida» [Abraham Lincoln, discurso de 16 de junio de 1858] permanece en pie sin que se hayan movido apenas algunos muebles.

¹ Encuestas de Edison para *The Washington Post*, CNN, CBS, NBC y ABC. Sería útil comparar cómo votaron las mujeres blancas de las áreas suburbanas en ambas elecciones, pero los datos de 2016 no son públicamente accesibles: «Comparison of 2020 Election Surveys», CAWP Election Watch

A pesar de su enorme inversión de recursos, la campaña de Biden solo prendió realmente allí donde convergió con los movimientos populares existentes dispuestos a tomar las cosas en sus manos: ejemplos destacados incluyen Fair Fight, la extraordinaria coalición de votantes de Stacey Abrams en Georgia y Living United for Change in Arizona (LUCHA): un frente unido latino y obrero construido durante la larga lucha contra el régimen neofascista del *sheriff* Joe Arpaio en el condado de Maricopa (Área Metropolitana de Phoenix). Por otro lado, la infantería demócrata—los miles de miembros de los sindicatos que tradicionalmente van de puerta en puerta haciendo propaganda del Partido— se mantuvo en general apartada. Algunos sindicatos, como Nurses United, la American Federation of Teachers, los Culinary Workers de Las Vegas y otras secciones locales de UNITE HERE realizaron sin duda contribuciones decisivas a la victoria de Biden en ciertos estados, pero el perfil sindical a escala nacional fue el más bajo de la historia moderna.

El campo de Trump, por el contrario, se mostró dispuesto a sacrificar algunos cuadros a la COVID-19 y lanzó hordas de fieles pertenecientes a las megaiglesias, a menudo sin mascarillas, a las áreas suburbanas. Mientras que los medios liberales estaban fascinados con el desconcertante espectáculo de las megamanifestaciones de Trump, por definición difusoras del virus, una enorme campaña de base financiada por sus multimillonarios aliados reunía a viejos partidarios y agregaba otros nuevos a sus filas (la cuestión más importante de los votantes no pertenecientes al núcleo de Trump que se unieron a su «recuperación» económica se examinará más adelante). Ese esfuerzo aumentó su voto nacional de 2016 en más de 8 millones y conservó sus márgenes ganadores de entonces en tres estados objeto de batallas cruciales, que Obama había ganado en 2012 y Biden esperaba reconquistar en 2020. El Partido Demócrata tiene que preguntarse si esos importantes estados «morados» no se han vuelto ahora definitivamente rojos, esto es, republicanos.

Mientras tanto, los resultados de las elecciones para el Senado y la Cámara de Representantes fueron desastrosos para los que esperaban una gran victoria. En vísperas de las elecciones, el Democratic House Campaign Committee se jactaba de que la representación del partido aumentaría en «cinco, diez o incluso veinte escaños»; por el contrario, perdieron once, lo que dejó al partido con tan solo una escasa mayoría (el Partido Demócrata tampoco logró ganar ni una sola de las veintisiete contiendas electorales que *The New York Times* había etiquetado como «fáciles»²).

² La actualización de los resultados electorales la ofrece *The Washington Post*: www.washingtonpost.com.

Los Demócratas «moderados» del llamado Blue Dog Caucus, que habían ganado escaños en 2018, fueron las principales víctimas. La presidenta del Comité de Campaña, Cheri Bustos (D-IL), admitió que se sentía «destrozada» por las pérdidas, mientras que Alexandria Ocasio-Cortez criticó al Comité por su incompetencia en el empleo de los medios digitales³.

CUADRO 2: LOS PORCENTAJES DE VOTACIÓN A PIE DE URNA

| | Votantes | Trump | Biden |
|--------------------------|----------|-------|-------|
| <i>Etnicidad</i> | | | |
| Hombres blancos | 35 | 61 | 38 |
| Mujeres blancas | 32 | 55 | 44 |
| Hombres negros | 4 | 19 | 79 |
| Mujeres negras | 8 | 9 | 90 |
| Hombres latinos | 5 | 36 | 59 |
| Mujeres latinas | 8 | 30 | 69 |
| Todos los demás | 8 | 38 | 58 |
| <i>Renta familiar</i> | | | |
| Por debajo de 50.000 \$ | 35 | 44 | 55 |
| Entre 50.000 y 99.000 \$ | 39 | 42 | 57 |
| Por encima de 100.000 \$ | 26 | 54 | 42 |

Fuente: Edison Research.

CUADRO 3: EL DESPLAZAMIENTO HACIA EL PARTIDO REPUBLICANO

| | Iowa | Ohio | Florida |
|------|---------|---------|---------|
| 2012 | D + 5,8 | D + 3,0 | D + 0,9 |
| 2016 | R + 9,4 | R + 8,1 | R + 1,2 |
| 2020 | R + 8,2 | R + 8,2 | R + 3,4 |

Fuente: *The Washington Post*, 16 de noviembre de 2020.

³ Luke Broadwater y Nicholas Fandos, «House Democrats Dissect Setbacks, And One Another», *The New York Times*, 6 de noviembre de 2020; Astead W. Herndon, «Alexandria Ocasio-Cortez on Biden's Win, House Losses, and What's Next For the Left», *The New York Times*, 7 de noviembre de 2020.

La cruzada demócrata que invirtió millardos de dólares para obtener el control del Senado también defraudó lamentablemente las expectativas, posibilitando tan sólo una victoria y provocando el extraño resultado de que el futuro de la institución tenga que decidirse en el estado de Georgia mediante la elección en enero de dos escaños en segunda vuelta, que presagian una posibilidad remota de victoria para el Partido Demócrata, porque este no ha ganado una segunda vuelta electoral en ese estado en los últimos treinta años. Aun en el caso de que no se cumplan los pronósticos y el Partido Demócrata venza, Mitch McConnell, el líder del Senado más despiadado y exitoso desde Lyndon B. Johnson, podrá saborear su extraordinario éxito de haber cubierto todas las vacantes existentes en el poder judicial federal, desde los tribunales de distrito al Tribunal Supremo, con miembros *bona fide* de la derechista Federalist Society. McConnell ha cerrado las puertas del poder judicial federal a los Demócratas durante una generación y ha tirado la llave.

Dado que este es un año de censo, las contiendas legislativas y judiciales en cada estado tienen especial importancia. Aunque California y otros cinco estados han delegado el trabajo de volver a trazar los límites de los distritos para las elecciones estatales y del Congreso a comisiones independientes, las respectivas cámaras estatales todavía retienen ese poder en otros lugares. Durante la última generación la derecha ha construido una infraestructura extraordinaria para apoyar campañas políticas y promover la aprobación de leyes en los estados, particularmente las que restringen los derechos laborales, de aborto y de voto. La derecha dispone de tres componentes institucionales: sesenta institutos que promueven políticas partidarias del libre mercado en los cincuenta estados afiliados a la State Policy Network; el American Legislative Exchange Council (ALEC), que difunde la legislación derechista y ayuda a los Republicanos a redactar los proyectos de ley; y Americans for Prosperity, el demiurgo del movimiento del Tea Party fundado por los hermanos Koch en 2004, que inyecta ingentes cantidades de dinero negro en las contiendas electorales estatales. En las elecciones a mitad de mandato de 2010, siguiendo la estrategia denominada «REDMAP cuidadosamente desarrollada por Republican State Leadership Committee, el Partido Republicano ganó seiscientos ochenta nuevos escaños, el control de cincuenta y cuatro asambleas legislativas y el poder resultante para rediseñar los límites de los distritos electorales.

«Las ventajas derivadas de la modificación de los distritos electorales [*gerrymandering*] –según el Princeton Gerrymandering Project– son

mayores en estados con escasa diferencia entre el número de votantes de uno u otro partido, donde más de un tercio de los escaños pueden cambiar de manos simplemente como consecuencia de la redistribución de los distritos»⁴. Con ese fin, en 2011 los Republicanos utilizaron las técnicas informáticas más avanzadas para manipular las circunscripciones en estados clave en disputa como Florida, Carolina del Norte, Ohio, Pensilvania, Texas y Wisconsin. Las mayorías republicanas en las cámaras legislativas estatales se han hecho así prácticamente inexpugnables. La ola del Partido Demócrata solo lamió suavemente esa fortaleza republicana para retroceder luego rápidamente, habiendo perdido la mayoría en la cámara legislativa de New Hampshire en favor del Partido Republicano. Con la derrota de los gobernadores demócratas en Montana y New Hampshire, este último ahora disfruta del triple control de ambas cámaras y del palacio del gobernador en veintitrés estados. También aumentaron su mayoría en los tribunales supremos de los estados, que son los árbitros finales de la constitucionalidad de la redistribución de los distritos electorales. Nuevas redistribuciones de distritos son ahora inevitables⁵.

Si el Partido Republicano retiene el Senado, como está previsto, es difícil imaginar un peor equilibrio de poder para el gobierno entrante de Biden, para su agenda legislativa y para la del ala progresista. Larry Cohen, expresidente del sindicato de trabajadores de la comunicación, que ahora preside Our Revolution, el brazo promotor del movimiento de Sanders, lo dijo sin tapujos: «Para aquellos de nosotros que nos centramos en la gobernanza y la justicia económica y social, esta elección no hace sino confirmar un *statu quo* inaceptable. Los trabajadores estadounidenses, negros, morenos o blancos, ven como se evaporan por el momento sus esperanzas de una reforma real, mientras vitorean la victoria sobre Trump»⁶.

Para comprender cómo los Demócratas han conseguido esta victoria tan hueca, es útil comenzar con un examen de la dinámica de voto verificada en los distritos electorales estratégicos, comparando los resultados con los de las elecciones de 2012 y 2016. Los resultados totales a escala de

⁴ Samuel S. Wang *et al.*, «Laboratories of Democracy Reform: State Constitutions and Partisan Gerrymandering», *Journal of Constitutional Law*, vol. 22, núm. 1, noviembre de 2019, p. 207.

⁵ Véase el sitio web de la National Conference of State Legislatures: www.ncsl.org.

⁶ Citado en Sydney Ember, «With Eye on 2022, Progressives Line Up to Press Agenda», *The New York Times*, 10 de noviembre de 2020.

condado se pueden obtener fácilmente en la web electoral de *The New York Times*, aunque un análisis demográfico serio del voto, sopesando género, raza, edad, religión, etcétera, tendrá que esperar a la publicación de los inestimables informes del Pew Research Center (dada la pésima consistencia de la mayoría de las encuestas, la interpretación de datos basada en el muestreo de votantes y encuestas a pie de urna, incluidas las de Edison Research y la Associated Press's VoteCast, debe tomarse como mínimo con cautela).

Abajo en el valle

Durante treinta años Texas, con sus 5 millones de votantes conservadores y sus treinta y ocho votos electorales, ha sido la gran fuerza motriz del Republicanismo de extrema derecha posterior a Reagan. Allí el «dinero negro» se extrae literalmente de los pozos petrolíferos para financiar operaciones y campañas de la derecha en todos los rincones del país. Especialmente cuando se combina con los veintinueve votos electorales de Florida, Texas ha sido el contrapeso del leviatán progresista de California. Pero el cambio demográfico, potenciado en cierta medida por el activismo, ha ido erosionando lentamente esa hegemonía. Los anglos (blancos no hispanos) se convirtieron en minoría a principios del milenio y en el censo de 2010 nada menos que el 40 por 100 de la población se identificaba como latina (tejanos en su mayor parte). Uno de cada ocho tejanos es afroamericano y una gran afluencia de nuevos inmigrantes, desde trabajadores agrícolas hasta ingenieros de *software*, se ha sumado a la diversidad caleidoscópica del estado. Entretanto, Austin, cuya energía cultural juvenil excede la de cualquier otra ciudad importante, excepto Nueva York, se ha convertido en el centro tecnológico más importante entre San Francisco y Boston, y el pasado mes de marzo otorgó en las primarias 84.000 votos a Bernie Sanders.

El Partido Republicano está muy movilizado –se podría decir incluso militarizado– en Texas, para prevenir o posponer la transformación de esa nueva demografía en una mayoría demócrata. Su extraño aliado ha sido el Comité Nacional Demócrata, que durante años ha ignorado a Texas a pesar de las apelaciones de los Demócratas locales de que mayores inversiones en el registro de votantes y en la organización comunitaria podrían cambiar el equilibrio de poder en el estado y, por lo tanto, en el país. Su argumento se vio fortalecido por la campaña de Beto O'Rourke en 2018 contra Ted Cruz, que compensó con la energía de las bases lo que le

faltaba en dinero (Beto, siguiendo el ejemplo de Sanders en 2016, rechazó las contribuciones del Political Action Committee). Los Republicanos se mofaron del desafío al principio, pero sudaron mucho en la recta final, cuando las encuestas mostraron a los candidatos casi empatados. Una gran inyección de efectivo de los PAC de la industria energética salvó finalmente a Cruz, pero el Partido Demócrata disfrutó con la estrechez del resultado obtenido: el 50,9 frente al 48,3 por 100, respectivamente.

Este año, el dinero obtenido por el Partido Demócrata a escala nacional, en gran parte procedente de Michael Bloomberg, llegó a última hora para apoyar una campaña diseñada por Beto, que se centró en diez distritos republicanos muy manipulados, principalmente en las áreas suburbanas del área metropolitana de Dallas-Fort Worth, que él había ganado en 2018. Vencer en nueve de ellos le daría al Partido Demócrata el control de la asamblea legislativa de Texas por primera vez en casi una generación. Las encuestas engañosas de octubre avivaron el optimismo, sugiriendo incluso que Biden podría ganar el estado. Al final, el Partido Republicano retuvo todos los escaños y Trump ganó fácilmente, aunque su margen se redujo. *The Texas Observer*, la única revista progresista del estado, concluyó que «una de las principales moralejas de las elecciones es que hay un techo claro para los Demócratas en las áreas suburbanas en proceso crecimiento [...]. Ahora, el dominio republicano del gobierno estatal carece de restricciones, al igual que la capacidad del Grand Old Party para asegurar sus mayorías durante los próximos años en el siguiente ciclo de rediseño de los distritos».

La plantilla uniforme empleada en la campaña de Biden en Texas para las áreas suburbanas y casi en todas partes ignoró la opinión prevaleciente entre los estrategas veteranos de ambos partidos de que la verdadera clave para cambiar la orientación política del estado es la movilización de la mayoría latina «dormida» del sur de Texas, especialmente en los siete principales condados fronterizos, donde el 90 por 100 de la población es de origen mexicano, lo cual fue reconocido dos días antes de las elecciones, cuando el presidente del Comité Nacional Demócrata Tom Pérez hizo una visita en el último momento al área de McAllen. «El camino a la Casa Blanca –declaró– atraviesa el sur de Texas. Recordemos que Beto perdió por aproximadamente 200.000 votos en 2018. Podemos recuperar esos votos sin salir del Valle [del Río Grande]. Si consiguiéramos elevar la participación latina del 40 al 50 por 100, eso bastaría para darle la vuelta a Texas». La frontera, de adscripción netamente demócrata, es una de las regiones más pobres del país muy dependiente de la

agricultura y del comercio con México posibilitado por el TLCAN, y tiene una población habitualmente vilipendiada por la propaganda republicana como formada por extranjeros y violadores. La campaña de Biden parece haber creído que el sentimiento contrario a Trump bastaría por sí solo para agregar otros 100.000 votos a lo largo de la frontera, sin tener que desviar recursos del campo de batalla de las áreas suburbanas. Se dio por segura una ola demócrata a lo largo del Río Grande, desde El Paso hasta Brownsville.

Sin embargo, cuando se disipó la niebla de la batalla, los Demócratas se sorprendieron al descubrir que la elevada participación había impulsado en realidad una oleada a favor de Trump a lo largo la frontera. En los tres condados del Valle del Río Grande (el corredor agrícola de Brownsville a Río Grande City), en los que Clinton había ganado con una diferencia del 40 por 100, Biden cosechó un margen de sólo el 15 por 100. Más de la mitad de la población del condado de Starr, un antiguo campo de batalla del movimiento de trabajadores agrícolas de Texas, vive en la pobreza, pero Trump obtuvo el 47 por 100 de los votos, cosechando un increíble incremento del 28 por 100 desde 2016. Río arriba Trump obtuvo de hecho sorpresivamente el 82 por 100 de los votos en el condado latino de Val Verde (Del Río), y ganó el condado de Zapata, que ningún republicano había ganado desde el final de la Reconstrucción. Además aumentó su voto al 24 por 100 en el condado de Maverick (Eagle Pass) y el 15 por 100 en el condado de Webb (Laredo). El representante demócrata Vicente González (oriundo de McAllen) tuvo que luchar hasta el último momento para salvar el escaño, que ganó por el 21 por 100 en 2018. Incluso en El Paso, un semillero del activismo demócrata, Trump obtuvo un incremento del 6 por 100. Considerando el sur de Texas en su conjunto, los Demócratas tenían grandes esperanzas de ganar el 21º distrito del Congreso que conecta San Antonio y Austin, así como el 23º, cuya población latina alcanza el 78 por 100, que comprende las áreas suburbanas del oeste de San Antonio, pero abarca una vasta franja del sudoeste de Texas. En ambos casos, los Republicanos ganaron fácilmente.

¿Qué explica el triunfo de Trump? Como se quejó amargamente a un periódico de Harlingen el congresista demócrata Filemon Vela (radicado en Brownsville): «Creo que no se realizó esfuerzo organizativo alguno en el sur de Texas por el Partido Demócrata a escala nacional y los resultados lo demuestran. Las visitas están bien, pero sin sendas estrategias bien planificadas de comunicación y de intervención entre las bases simplemente no puedes influir en los votantes. Cuando das el

voto por asegurado, como ha hecho el Partido Demócrata en el sur de Texas durante cuarenta años, acabas pagando las consecuencias». Pero la frontera fue igualmente descuidada por Clinton en 2016, por lo que se deben tener en cuenta variables adicionales. Algunos sugieren que el catolicismo del derecho a la vida y el nombramiento de Coney Barrett generaron un entusiasmo suplementario en favor de Trump, mientras que otros apuntan al hecho de que el Immigration and Customs Enforcement es un empleador importante en esos condados (de hecho, a veces el único empleador con salarios altos). El temor a que una ola de refugiados inunde los condados fronterizos también podría haber sido un factor, junto con la extraña afinidad de Obrador con Trump. Los Republicanos explotaron enérgicamente estos factores, pero dudo que ello fuera decisivo. Más importantes fueron otras tendencias, arraigadas en la economía política y las dinámicas de clase de la región, que favorecieron tanto a la derecha como a la izquierda.

En primer lugar, tanto el TLCAN como el *boom* del petróleo de esquisto en el área de Laredo han expandido enormemente la clase empresarial de los condados fronterizos —camioneros independientes, agentes marítimos, supervisores de almacenes, subcontratistas de petróleo y gas, concesionarios de automóviles, etcétera—, cuya orientación natural se inclina hacia el Partido Republicano. Dado que la economía fronteriza se construye a partir de la pobreza y los bajos salarios, ese grupo tiene un gran interés en oponerse a un salario mínimo más alto o a un Departamento de Trabajo favorable a los sindicatos. Los Republicanos respondieron fervorosamente a las nuevas oportunidades que ello ofrecía para reclutar líderes de ese dinámico estrato social. En su campaña de 2014, el gobernador republicano Greg Abbott hizo más de veinte visitas al Valle⁷. Aunque Trump puso en peligro inicialmente su medio de vida con su amenaza de retirarse del TLCAN, en 2018 las revisiones del tratado con México dejaron prácticamente inalterado el *statu quo* y liberaron a la comunidad empresarial tejana de tener que votar con su bolsillo (a escala nacional, la parte latina de la «clase media», tal como la define la Brookings Institution, ha crecido del 5 por 100 en 1979 al 18 por 100 el año pasado, a diferencia de la parte afroamericana, cuya participación sólo ha aumentado el 3 por 100 en cuarenta años, pasando del 9 al 12 por 100)⁸.

⁷ Arelis Hernández y Brittney Martin, «Why Texas's overwhelmingly Latino Rio Grande Valley turned toward Trump», *The Washington Post*, 10 de noviembre de 2020.

⁸ Christopher Pulliam, Richard V. Reeves y Ariel Gelrud Shiro, «The middle class is already racially diverse», Brookings Institution, 30 de octubre de 2020.

A la inversa, en el sur de Texas se produjo una espectacular oleada de apoyo a Bernie Sanders durante las primarias del «supermartes» de marzo. Tras la retirada de la competición a principios de enero de Julián Castro, hijo predilecto de San Antonio, quien inmediatamente respaldó a Elizabeth Warren, los Demócratas tejanos de base se unieron a Sanders. Con doscientos organizadores latinos jóvenes trabajando a tiempo completo para su campaña nacional y ayudando a dar forma a su estrategia, Sanders pudo hablar con las comunidades del Valle con una voz apasionadamente bien fundada. Como en el caso de los caucus de Nevada en febrero, los jóvenes latinos radicalizados y sus familias de clase trabajadora recibieron con entusiasmo su plataforma de atención médica universal, educación superior pública gratuita, un salario mínimo de 15 dólares por hora y vías de obtención de la ciudadanía para las personas indocumentadas. Sanders barrió toda la frontera de Brownsville a El Paso, así como San Antonio y el área metropolitana de Austin, obteniendo 626.000 votos, noventa y nueve delegados a la convención y el 30 por 100 de los votos emitidos, sólo cinco puntos por detrás de Biden (sumando los votos de Warren con los de Sanders, el ala izquierda del partido superó a Biden en 140.000 votos).

CUADRO 4: VOTOS LATINOS OBTENIDOS POR SANDERS (%)

| | <i>Caucus de Nevada, 22 de febrero</i> | |
|-----------------------|--|-------------------|
| Por debajo de 45 años | 67 | |
| Por encima de 45 años | 28 | |
| | <i>Supermartes, 3 de marzo</i> | |
| | <i>Texas</i> | <i>California</i> |
| Entre 18 y 29 años | 66 | 71 |
| Entre 30 y 44 años | 55 | 61 |
| Entre 45 y 55 años | 30 | 35 |
| Más de 64 años | 31 | 28 |

La campaña de Sanders también supuso un levantamiento contra el aparato demócrata conservador liderado por viejos políticos como el congresista Henry Cuellar de Laredo, un exagente de aduanas perteneciente al grupo Blue Dog de los Demócratas conservadores, que con frecuencia vota con los Republicanos. Jessica Cisneros, abogada pro derechos humanos de 26 años respaldada por Sanders y la organización

progresista Justice Democrats, estuvo muy cerca de derrotarle en marzo. La nominación de Biden y la estrecha victoria de Cuellar fueron dos decepciones que desinflaron el entusiasmo de los votantes de Sanders, lo cual ratificó la percepción generalizada de que los Demócratas centristas no conceden prioridad a la lucha por los intereses de la clase trabajadora fronteriza⁹.

Las personas de apellido español son la minoría más numerosa en Estados Unidos, que este año superó a los afroamericanos como segundo mayor grupo de votantes. Su influencia electoral no hará más que aumentar: entre la primera ola de votantes de la Generación Z (de 18 a 23 años de edad), los latinos constituían el 22 por 100 y los afroamericanos el 14 por 100¹⁰. Durante los años de Bush, muchos estrategas republicanos del Sunbelt (el conjunto de estados más meridionales del país), tras estudiar detenidamente las tendencias demográficas, argumentaron que los latinos culturalmente conservadores eran la clave para construir una nueva mayoría republicana más duradera. Los líderes demócratas convencionales, en cambio, nunca han respaldado semejante visión y continúan tratando a los latinos como ciudadanos de segunda clase dentro de la jerarquía del partido, confiando en que votarán automáticamente por candidatos demócratas. La exclusión de Julián Castro de la plataforma de oradores en la convención virtual de agosto fue interpretada en los medios de comunicación en español como sal vertida en una vieja herida. Los Demócratas han desatendido o abandonado otros distritos electorales como Puerto Rico o los Apalaches, pero el sur de Texas tiene una importancia estratégica única¹¹.

Dejando el óxido en las áreas desindustrializadas del noroeste

Los famosos 77.000 votos de Wisconsin, Michigan y Pensilvania que llevaron a Trump a la Casa Blanca en 2016 se pueden explicar localmente de muchas formas, incluido el anuncio explosivo de Comey sobre los archivos de correo electrónico de Clinton, una participación afroamericana

⁹ Sobre la incapacidad del Partido Demócrata para conectar con la realidad cotidiana del sur de Texas, especialmente con las agudas preocupaciones populares sobre los medios de vida y la economía, véase Michael Powell, Cecilia Ballí y Betsabeth Lugo, *Real Talk: Understanding Texas Latino Voters Through Meaningful Conversation*, Texas Organizing Project Education Fund, 24 de septiembre de 2020.

¹⁰ Pew Research Center, análisis de la 2020 *Current Population Survey: Annual Social and Economic Supplement*.

¹¹ También hubo un alto porcentaje de apoyo latino a Biden en Georgia.

más baja de lo esperado, un desplazamiento de votos católicos provida a Trump, la absorción de votantes de Clinton de las áreas suburbanas y su fracaso en las ciudades industriales más antiguas, etcétera. Pero es indiscutible que Trump logró conquistar un número importante de exvotantes de Obama, muchos de ellos miembros de los sindicatos, en los condados de las zonas desindustrializadas del noroeste aglutinados por el Congress of Industrial Organizations en la década de 1930 y que durante generaciones fueron bastiones demócratas sólidos como rocas. Esta evolución alarmante parecía corresponder al éxito electoral cosechado por los partidos populistas de extrema derecha en Europa, que han aprovechado economías igualmente deprimidas como la del norte de Inglaterra, el norte francés, la Toscana y el este de Alemania. Y como muchos de estos votantes de Trump habían sido partidarios del primer presidente negro, no era obvio que estuvieran motivados por el mismo tipo de racismo que alimentó el voto a Wallace en el norte del país en 1968 y que llevó a tantos Demócratas a votar a Reagan en 1980.

Los resultados de las elecciones de 2016, sostuve en aquel momento, tenían menos misterio del que muchos creían. Más que por un realineamiento histórico de las fuerzas sociales, si Trump ganó a escala nacional fue porque su elección fue fortalecida por su regalo del programa republicano a la derecha cristiana para preservar (pero no aumentar) el voto de esta a Romney en 2012, mientras que Clinton tuvo un resultado espectacularmente inferior al de Obama en los Grandes Lagos y el Medio Oeste. Aun así, ¿qué sucedió ese año en antiguas ciudades llenas de chimeneas como Erie (Pensilvania), Warren (Ohio) y Dubuque (Iowa)? Seleccioné como objeto de estudio quince condados industriales que (con dos excepciones) habían votado por Obama en 2012 y luego viraron a Trump. Reuniendo datos de medios locales, relacioné la derrota demócrata con los recientes cierres de fábricas y la pérdida de empleos, lo cual presumiblemente generó altos niveles de ansiedad económica que Trump abordó más explícitamente que Clinton¹². En aquel momento tenía poca información sobre el sexo, la edad, la raza, los ingresos, etcétera de los votantes, por lo que solamente pude medir una dimensión del fenómeno de los «Republicanos partidarios de Obama», que generalmente se asocia con varones blancos cuya educación secundaria no sobrepasaba el nivel medio (bachillerato). La verdad sobre el terreno era sin duda más compleja.

¹² Mike Davis, «The Great God Trump and the White Working Class», en Lance Selfa (ed.), *US Politics in an Age of Uncertainty*, Chicago (IL), 2017, pp. 61-83.

La revisión de los resultados recientes en estos condados solo revela un cambio marginal en las posiciones electorales relativas. En 2016, Trump revirtió ocho de esos condados tradicionalmente demócratas, aunque en todos los casos el margen demócrata de 2012 se redujo sustancialmente (del 8 por 100 en Moline, Illinois, al 29 por 100 en Warren, Ohio). Biden recuperó los condados de Erie (Pensilvania) y Saginaw (Michigan), pero perdió Mahoning, Ohio (Youngstown). Solo en el condado de Rock Island, Illinois (Moline), reparó por completo el daño de 2016. En tres condados anteriormente ganados por Trump, Biden no pudo igualar el voto a Clinton y donde mejoró sus resultados totales (nueve condados) fue solo con un promedio del 3,4 por 100 sin revertir la mayoría de las ganancias obtenidas por Trump en 2016. En cuanto a los casos en los que Trump aumentó su margen el 1 por 100 o más (siete condados), esos resultados se pueden *explicar por completo* agregando simplemente el voto libertarista de 2016 a su voto de aquel año. Pero, en general, no hubo aumento, ni demócrata ni republicano, y gran parte del voto de las áreas desindustrializadas del noroeste se parece enormemente al de 2016. La mayor participación sólo parece haber inflado los totales con cambios menores en la composición.

El continuo déficit demócrata en relación con 2012, sin embargo, sigue debiéndose más al voto a Trump que a un voto republicano. Los resultados de las elecciones en estos condados y en sus correspondientes ciudades revelan niveles mucho más altos de apoyo a los candidatos demócratas locales y a sus posiciones pro sindicales que a Biden. A la luz de la debacle de Clinton, este estuvo más atento a esos lugares, pero no más preparado para responder a la pregunta que todas las bases demócratas o exdemócratas se han venido haciendo durante más de una generación en los antiguos estados industriales: «¿Qué hará usted para aumentar las oportunidades de empleo y la seguridad económica aquí en Erie (o Laredo o Camden o Wilkes-Barre, etcétera)?». «Los millones de empleos de energía verde –el mantra de Biden– no pasan de ser una abstracción que no conecta en absoluto con las circunstancias concretas de personas como los constructores de locomotoras despedidos tras su huelga de 2019 contra General Electric en Erie, ni con los vendedores de J. C. Penney en Brooklyn, despedidos a finales de septiembre después de que Amazon llevara a la quiebra a la famosa cadena de supermercados. Toda una generación de «primeros graduados universitarios en la familia», que ahora trabajan como peones para Uber o entregando comestibles para Amazon, difícilmente pueden imaginar su futuro como

instaladores de paneles solares o técnicos de *software* para una empresa de camiones totalmente automatizada. Por cada puesto de trabajo creado en la «energía verde», la automatización y la caída de la demanda probablemente eliminarán cinco o diez empleos tradicionales.

Las soluciones reales exigen inversiones públicas orientadas geográficamente, el control de la fuga de capitales y de los flujos financieros dirigidos al exterior, la planificación económica regional y, sobre todo, una gran expansión del empleo público y la propiedad pública. Pocos Demócratas electos, aparte de las socialistas declaradas de «Squad», están dispuestos a seguir esa ruta o siquiera a considerarla, por mucho que corresponda a las necesidades de sus bases. Para ser justos con la corriente principal de los progresistas estadounidenses, no obstante, hay que reconocer que ni el Partido Laborista británico, ni los grandes partidos socialdemócratas europeos han mostrado voluntad de abordar enérgicamente cuestiones similares de declive económico regional y altos niveles de desempleo y subempleo juvenil estructuralmente consolidados.

La tierra de los multimillonarios lumpen

La gran desazón republicana no fue consecuencia de la exigua victoria de Trump en 2016, sino de su actuación posterior, tomando rápidamente el control del Grand Old Party y sometiénolo a una limpieza despiadada en 2017-2018. Nadie, que yo sepa, lo había predicho, especialmente si se tiene en cuenta la impresionante gama de sus oponentes dentro del partido, que incluían a la dinastía Bush, viejos reaganistas como John McCain y Mitt Romney e, incluso, durante una temporada, el club jacobino del partido, el Freedom Caucus. Muchos Republicanos se horrorizaron ante su inclinación a lanzar a la derecha alternativa contra la campaña de cualquier miembro del partido que dudara en prestar obediencia incondicional a la Casa Blanca, y decenas de ellos optaron finalmente por la jubilación anticipada. La ventaja decisiva de Trump radicaba en su asombrosa popularidad entre las bases, un frenesí avivado rutinariamente por los líderes evangélicos, Fox News y, por supuesto, por sus incesantes tuits. De repente, la América presentada por el Movimiento Occupy, sintetizada en la imagen del pueblo frente a la codicia del 1 por 100, quedaba expuesta como algo completamente diferente: la mayoría confusa frente al 40 por 100 militante e intransigente. Son las bases de Trump –devotas, fanáticas e impermeables a la razón– las que han hecho que este inspire tanto miedo a la mayoría. Para

quienes viven en grandes ciudades y dependen de la CNN y *The New York Times* para acceder a la realidad en los estados republicanos, los mítines de Trump definen probablemente su imagen de la otra América: gente blanca corpulenta, enojada e ignorante, con gorras en las que se lee «Make America Great Again», perdiendo el tiempo o golpeando a periodistas. En la prensa progresista leen que el reino de Trump se halla en la América rural y los pueblos pequeños autotransformados en un Tercer Reich, que arrastra tras de sí a un proletariado blanco totalmente bajo su control.

Esto recuerda al fenómeno «*bubba*» de la era de la lucha por los derechos civiles, cuando los defensores sureños del sistema de Jim Crow eran presentados como buenos chicos que mascaban tabaco, trabajaban en gasolineras u holgazaneaban amenazadoramente frente a las tiendas del pueblo. Como demostró Diane McWhorter en su brillante historia del movimiento por la libertad en Birmingham, los *bubbas* y la brutal policía de Bull Connor sólo eran los sicarios de la elite del *country club*, incluidos sus adinerados padres que apoyaban al Klan. El verdadero enemigo de la justicia racial era la burguesía blanca de la ciudad¹³. Del mismo modo, para entender el republicanismo de extrema derecha actual es necesario mirar por detrás de su fachada populista para ver cómo se configura realmente el poder. Para efectuar tal investigación son particularmente importantes dos paisajes sociales: en primer lugar, las «micrópolis», pequeñas ciudades no sindicalizadas y culturalmente conservadoras del Medio Oeste y del Sur; y, en segundo, las «áreas extraurbanas [*exurbia*]», esto es, las zonas residenciales de renta alta que rodean a las zonas suburbanas, pobladas por blancos acomodados desplazados a condados antes rurales situados en el perímetro de las principales metrópolis. Los paletos pueblerinos con gorras de John Deere que se embelesan por Trump ante las cámaras no son más que actores secundarios en un drama mucho más amplio.

Si Reagan llegó al poder impulsado por una histórica ofensiva antisindical protagonizada por los directores ejecutivos de la Business Roundtable —la coalición de grandes empresas que aparecen en el elenco de Fortune 500—, Trump llegó a la Casa Blanca gracias al amor de Jesús y a una abigarrada colección de lo que Sam Farber llama «lumpencapitalistas». Aunque los contratistas militares, la industria energética y las grandes

¹³ Diane McWhorter, *Carry Me Home: Birmingham, Alabama—The Climactic Battle of the Civil Rights Revolution*, Nueva York, 2001.

farmacéuticas pagan sus cuotas a la Casa Blanca como siempre ocurre cuando los Republicanos llegan al poder, la coalición de donantes que financió la revuelta contra Obama y después la derrota de Cruz en las primarias, unidos tras Trump, es en gran parte periférica respecto a los nudos tradicionales del poder económico. Además de dinastías familiares, basadas principalmente en la riqueza petrolera como los Koch, que pululan en estos circuitos desde los días de Goldwater y la John Birch Society, los aliados clave de Trump son los barones ladrones posindustriales de áreas como Grand Rapids, Wichita, Little Rock y Tulsa, cuya fortuna proviene del sector inmobiliario, de los fondos de inversión, de los casinos y de los servicios ligados a los ejércitos privados o la usura en cadena. Un vívido ejemplo de ese mundo es Cleveland, no la desvanecida gran dama situada a las orillas del Cuyahoga en Ohio, sino Cleveland la capital del condado de Bradley en Tennessee.

Esta ciudad de renta entre baja y media de 43.000 habitantes, situada al este de Chattanooga, es una de las que el censo denomina ahora «áreas estadísticas micropolitanas»¹⁴. Con más del 90 por 100 de la población blanca y enfáticamente evangélica, con doscientas iglesias protestantes pero sólo una católica, Cleveland se ajusta al estereotipo de la América republicana con perfección casi caricaturesca. Gracias al surgimiento de Tennessee como centro del corredor sudeste de la industria automovilística y particularmente gracias a la gran planta de Volkswagen situada en la cercana ciudad de Chattanooga, ha atraído una cantidad sorprendente de nuevas fábricas, especialmente de piezas para automóviles, que disfrutan de los bajos tipos impositivos de Tennessee y de su legislación en pro del derecho al trabajo. Este año Trump obtuvo el 77 por 100 de los votos, exactamente igual que en 2016. Algo inusual para una ciudad de ese tamaño es que en Cleveland residen dos multimillonarios, ambos beneficiarios así como contribuyentes de Trump.

Uno de ellos es Forrest L. Preston, titular de un patrimonio neto de 1,8 millardos de dólares y propietario de Life Care Centers of America, la mayor cadena de residencias de ancianos del país, que cuenta con doscientos veinte centros ubicados en veintiocho estados y treinta mil empleados. El sector de los cuidados geriátricos de larga duración obtiene

¹⁴ Estas áreas se definen como un área de mercado laboral y de consumo situada en torno a una ciudad de entre 10.000 y 50.000 habitantes. Existen quinientas ochenta y una y en algunos casos su población es mayor que la de áreas metropolitanas más pequeñas. En el caso de Cleveland, la micrópolis abarca todo el condado circundante de Bradley, que alberga aproximadamente a otros 65.000 habitantes.

la mayor parte de sus ingresos de Medicaid y Medicare y Life Care Centers of America fue acusada por un informante de presentar habitualmente falsas demandas, manteniendo a los pacientes en las instalaciones más tiempo del necesario y cobrando por procedimientos innecesarios. Ante la posibilidad de enfrentarse a un proceso judicial, Preston acordó en 2017 devolver 146 millones de dólares al Departamento de Justicia. El informante también alegó que Preston estaba desangrando deliberadamente la empresa y dejándola severamente descapitalizada. Al igual que otras grandes cadenas, en su mayoría propiedad de fondos de *private equity*, Life Care Centers of America reduce costes violando las regulaciones estatales y federales sobre equipos de protección, capacitación en infecciones y estándares de higiene¹⁵. El gobierno de Trump respondió puntualmente al cabildeo del sector eliminando la exigencia impuesta por Obama de que las residencias de ancianos tuvieran al menos un técnico en infecciones empleado a tiempo parcial y redujo drásticamente las multas por incumplimiento, subvencionando de hecho la negligencia criminal¹⁶.

El primer brote importante de COVID-19 en Estados Unidos se produjo en una residencia de Life Care Centers of America situada en Kirkland, Washington. La dirección tardó dos semanas antes de notificar a los funcionarios de salud pública su brote de casos de neumonía y una vez identificado el coronavirus ocultó el número de infecciones y víctimas, negándose a dar información alguna a las familias desesperadas, mientras obligaba, además, a su personal a trabajar durante semanas sin la protección adecuada. A comienzos del verano, cuarenta y cinco personas, contadas entre pacientes, trabajadores y personas en contacto con el personal, habían fallecido a causa de la COVID-19. Muchas otras residencias de Life Care Centers of America, que no podían o no quisieron practicar un control efectivo de las posibles infecciones, registraron también una tasa aterradora de fallecimientos: diecisiete muertos en el centro de Nashoba Valley, situado en las afueras de Boston; ocho muertos en Omaha; cinco en Hilo, Hawái; en Tennessee, se registraron al menos

¹⁵ La medida reguladora más importante, cuya urgencia se ha demostrado mil veces durante la pandemia, debería ser la dotación mínima de personal acorde con una tasa federal, pero el gobierno de Trump ha evitado con éxito la adopción de tal estándar.

¹⁶ «Los grupos de presión del sector a menudo afirman que sus clientes no pueden permitirse mejorar las condiciones, porque ganan muy poco dinero. De hecho, los balances de las empresas con fines de lucro propietarias del 70 por 100 de las residencias de ancianos del país contradicen la idea de que no es un sector generador de beneficios. Los márgenes de beneficio de los reembolsos de Medicare se han situado en dos dígitos durante aproximadamente veinte años», Richard Mollot, «The Disaster at Nursing Homes», *The New York Times*, 29 de abril de 2020.

catorce muertos en el condado McMinn y diecisiete en las instalaciones del condado de Hamblen, etcétera¹⁷. (En su página web, la empresa ofreció el siguiente mensaje consolador: «Enfrentando a la muerte mientras aguarda la alegría». Más recientemente ha construido un pequeño monumento a los heroicos empleados de su sede de Cleveland).

El programa *60 Minutes* de CBS, *Frontline* de PBS, *The Washington Post* y *The New York Times* ofrecieron reportajes sobre la situación en los Life Care Centers of America, pero la administración de Trump y los gobiernos estatales republicanos han protegido agresivamente a la empresa, al igual que al resto del sector, frente a la posibilidad de procesamiento penal. Durante los primeros seis meses de la crisis, los inspectores federales de los Centros de Medicare y de los servicios de Medicaid exoneraron rutinariamente a las instalaciones geriátricas por infracciones flagrantes de las regulaciones de control de infecciones y no menos de dieciocho estados republicanos les otorgaron al menos una inmunidad limitada frente a demandas relacionadas con fallecidos por la pandemia. Mientras tanto, McConnell y la mayoría republicana del Senado propusieron una cláusula de exoneración de toda responsabilidad penal en favor de las residencias de ancianos y hospitales como condición para la aprobación de las medidas de estímulo objeto de discusión en la cámara¹⁸. En lugar de multas o querrelas, los Life Care Centers of America recibieron 48 millones de dólares en fondos de ayuda contra la pandemia¹⁹. En vísperas de las elecciones habían muerto más de cien mil personas en las residencias de ancianos del país y las infecciones volvían a dispararse fuera de control, mientras el personal seguía trabajando sin equipos de protección. Se desconoce la proporción de los centros de Life Care Centers of America en la masacre, ya que la empresa se niega a publicar cifras, pero el daño a su reputación ha sido severo. A medida que sus centros de beneficio se convertían en tanatorios, Preston evitaba todavía más, como venía haciendo desde siempre, los encuentros con la prensa y la publicidad indeseada.

¹⁷ Debbie Cenziper *et al.*, «Major nursing home chain violated federal standards meant to stop spread of disease even after start of COVID-19, records show», *The Washington Post*, 17 de mayo de 2020; Travis Dorman, «Seventeen dead in one of East Tennessee's deadliest nursing home COVID-19 outbreaks», *Knoxville News Sentinel*, 16 de octubre de 2020; «What is COVID-19?», Life Care Centers of America, www.lcca.com.

¹⁸ Debbie Cenziper, Joel Jacobs y Shawn Mulcahy, «As pandemic raged and thousands died, government regulators cleared most nursing homes of infection-control violations», *The Washington Post*, 29 de octubre de 2020; Abigail Abrams, «A License for Neglect: Nursing Homes Are Seeking—and Winning—Immunity Amid the Coronavirus Pandemic», *Time*, 14 de mayo de 2020.

¹⁹ «Congress Gives COVID Relief Money to Nursing Facilities, Regardless of Fraud Lawsuits, Poor Quality of Care», Center for Medicare Advocacy, 27 de agosto de 2020.

No se puede decir lo mismo de su vecino Allan Jones, el otro multimillonario de Cleveland, cuya personalidad y estilo de vida extravagante se cierne sobre la ciudad en todo momento. Jones, considerado el «padre del *payday credit*», es propietario de Check Into Cash, la segunda mayor empresa del país de concesión de pequeños préstamos sin garantías a altos tipos de interés, que cuenta con una red de mil doscientas oficinas presentes en treinta y dos estados. Jones es generalmente considerado «el padre de este tipo de créditos». Si alguien ha perdido su cartera o su bolso con todo su efectivo dentro, Jones le prestará 200 dólares si acepta devolverle 230 el próximo día de pago. Si no puede pagar esa devolución a tiempo, él le prestará más en los mismos términos. Pronto esa persona despertará en un mundo de dolor. Se supone que la usura es ilegal y la mayoría de los estados han impuesto un tope máximo al interés exigido por un préstamo, pero Jones paga a los políticos para que dobleguen la ley por él. No es que les ofrezca sobornos por debajo de la mesa, sino gigantescas campañas de prensa a cargo de ejércitos de obesos cabilderos. Su estado natal ha sido particularmente amable con él y la usura redefinida le permite vivir, cerca de Preston, en un enorme *chateau* francés inspirado en la famosa posesión de Vanderbilt, además de poseer una segunda casa con rancho de caballos incluido en las afueras de Jackson Hole, Wyoming. En una entrevista concedida al *Huffington Post*, se le preguntó por qué la población negra de Cleveland era tan pequeña (menos de la mitad del promedio estatal) a lo cual respondió: «Tenemos suficientes negros para mantener un equipo decente de baloncesto, pero no tantos como para que la buena gente de Cleveland, Tennessee, tenga que preocuparse por la delincuencia. Por eso puedo dejar mis llaves en el coche con la puerta abierta»²⁰. En 2017 se convirtió en un héroe para el presidente Trump y Fox News, cuando retiró los anuncios de sus empresas del horario de máxima audiencia de la National Football League. «Cuando ves a Colin Kaepernick sermonizando a los “oprimidos” con una camiseta de Fidel Castro puesta, te das cuenta de la hipocresía de esta estupidez. Amo Estados Unidos. ¡Nuestras empresas no tolerarán ningún tipo de comportamiento antipatriótico!»²¹.

Bastiones extraurbanos

Preston y Jones pertenecen a un mundo que aún conserva cierto parecido con el descrito por Sinclair Lewis en *Babbitt*, novela de 1922 que

²⁰ Gary Rivlin, «Portrait of a Subprime Lender», *Huffington Post*, 6 de junio de 2010.

²¹ «Cleveland Businessman Allan Jones Pulls NFL Ads After National Anthem Snub», *Chattanooga*, 27 de septiembre de 2017.

describe la cultura típica de los sectores económicos predominantes caracterizada por la corrupción empresarial, el conformismo coercitivo, el fervor fundamentalista y el nativismo virulento. Las áreas residenciales de renta alta que rodean a las áreas suburbanas son, por otro lado, el mundo feliz creado por la huida de los Republicanos blancos ricos a zonas rurales bien dotadas de servicios recreativos y calidad paisajística. A pesar de su obsolescencia acreditada durante décadas, la vieja tríada ciudad-áreas suburbanas-campo sigue estructurando y distorsionando la interpretación de las elecciones. La categoría unitaria del «voto de las áreas suburbanas» es especialmente engañosa, ya que combina los universos sociales distintos de las periferias más próximas a los centros urbanos –más antiguas, pobres y diversas– con las periferias más alejadas y ricas construidas más recientemente en el anillo urbano exterior y con las ciudades anejas. El primero se volvió más demócrata en la era Clinton, mientras que el segundo ha comenzado a cambiar desde Obama impulsado por una creciente transferencia de minorías de clase media y blancos liberales. Pero las áreas suburbanas ya no constituyen la historia fundamental, al menos desde el punto de vista de los geógrafos y sociólogos políticos. «A pesar de la percepción común de que Estados Unidos se ha convertido en una “nación de áreas suburbanas” –escriben Laura Taylor y Patrick Hurley–, las áreas residenciales de renta alta que rodean a estas han surgido como el patrón de asentamiento predominante en todo el país, el cual se caracteriza por pautas de desarrollo y expectativas de estilo de vida diferentes de las vigentes en ciudades, pueblos y áreas suburbanas y cuenta con casas ubicadas en áreas naturales atractivas dotadas de parcelas relativamente grandes»²².

La gentrificación rural por parte de personas procedentes de grandes áreas metropolitanas ha creado algo parecido al Off World de *Blade Runner*. En un importante estudio de la Brookings Institution publicado en 2006, se definían las áreas residenciales de renta alta que rodean a las zonas suburbanas como áreas de viviendas de un tamaño máximo de 10.000 m² por parcela, cuyo crecimiento había sido al menos del 10 por 100 durante la década de 1990 y en las que al menos el 20 por 100 de la población activa se desplazaba diariamente a su lugar de trabajo ubicado en un centro urbano. La mayoría de ellas estaban situadas en el borde exterior de áreas metropolitanas, pero una minoría significativa

²² «Introduction: The Broad Contours of Exurban Landscape Change», en Laura E. Taylor y Patrick T. Hurley (eds.), *A Comparative Political Ecology of Exurbia*, Nueva York, 2016, p. 1.

estaban aún mas lejos, en condados todavía designados como rurales. Basándose en el censo de 2000, Brookings Institution estimaba una población extraurbana de 10 millones de habitantes en el total nacional, el 70 por 100 de los cuales vivían en el sur y el medio oeste²³. Desde entonces, la población de estas urbes exteriores a las áreas suburbanas de las ciudades, posibilitadas por el capitalismo de plataforma asociado a la revolución digital y el desplazamiento pendular cotidiano, se ha más que triplicado, llegando a abarcar aproximadamente 34 millones de personas. El Grupo de Tendencias Macro de Bain & Company predice que superará a la población de los centros urbanos en la próxima generación²⁴. Este éxodo consolida los nuevos patrones de segregación racial y política, que el periodista Bill Bishop caracterizó en 2008 como «The Big Sort» [la gran reordenación]²⁵.

En el centro y sur de Estados Unidos, sobre todo, la «reordenación» de las áreas residenciales de renta alta que rodean a las áreas suburbanas ha contrarrestado la disminución de la población en las ciudades republicanas pequeñas y en los condados agrícolas. Pese a la provocativa predicción en 2017 efectuada por el columnista y partidario del crecimiento urbano incontrolado David Brooks de que estas áreas se convertirían algún día en el nuevo «corazón demócrata», parece más bien estar sucediendo lo contrario. Aunque algunas de estas zonas están sólidamente en manos del Partido Demócrata –como el condado de Buncombe (Asheville) en Carolina del Norte y el condado de Mendocino en California–, siguen siendo excepcionales. Trump ganó el voto procedente de las mismas (doscientos veintidós condados) con una sobresaliente ventaja del 17 por 100 en 2016 y es poco probable que Biden la haya erosionado ahora²⁶. Una vez más, las áreas extraurbanas residenciales ricas rugían.

²³ Alan Berube *et al.*, *Finding Exurbia: America's Fast-Growing Communities at the Metropolitan Fringe*, Brookings Institution Living Cities Census Series, Washington DC, 2006, p. 48.

²⁴ «Exurbs», American Communities Project, www.americancommunities.org; Karen Harris, Andrew Schwedel y Austin Kimson, «Spatial Economics: The Declining Cost of Distance», Bain & Company, 10 de febrero de 2016.

²⁵ Bill Bishop, *The Big Sort: Why the Clustering of Like-Minded America is Tearing Us Apart*, Boston, 2008.

²⁶ David Brooks, «Exurbia, the new Democratic Heartland», *The Seattle Times*, 10 de noviembre de 2017; la definición más amplia de Brooks de estas áreas residenciales de renta alta que rodean a las áreas suburbanas [*exurbia*] incluye áreas que otros autores clasificarían como áreas suburbanas exteriores.

 CUADRO 5: PORCENTAJE DE VOTO OBTENIDO POR TRUMP EN 2020 EN DIEZ
 CONDADOS EXTRAURBANOS

| <i>Condado (área metropolitana)</i> | |
|--|----|
| Amelia, Virginia (Richmond) | 68 |
| Carteret, Carolina del Norte (Beach Towns) | 71 |
| Jackson, Georgia (Atlanta) | 78 |
| Cherokee, Georgia (Atlanta) | 79 |
| DeSoto, Misisipi (Memphis) | 61 |
| St Tammany, Luisiana (New Orleans) | 71 |
| Van Zandt, Texas (Dallas) | 86 |
| Elbert, Colorado (Denver) | 74 |
| Washington, Utah (St George) | 74 |
| Calaveras, California (Sacramento) | 74 |

Falsas opciones

Trump es el primer presidente estadounidense moderno que *nunca* ha disfrutado de un índice de aceptación mayoritaria en las encuestas nacionales, pero que, sin embargo, ha mantenido un inquebrantable apoyo de más del 40 por 100 de la población con derecho a voto²⁷, cuyo amor por él no ha disminuido pese a los escándalos, las promesas incumplidas, un cuarto de millón de muertes por el COVID-19 y los ocho millones de personas arrojadas de repente a la pobreza, porque muchos de ellos viven en entornos informativos dominados por Fox News y las ochocientas emisoras de radio propiedad de la ultraderechista iHeartMedia (antes Clear Channel Communications), que transmite Rush Limbaugh, donde las ficciones de Trump rara vez se verifican o impugnan. Encuestados en vísperas de las elecciones, por ejemplo, solo una cuarta parte de los votantes republicanos consideraban que la pandemia o el cambio climático eran un tema de preocupación importante. A pesar del dramático aumento durante el mes de octubre de los casos de COVID-19 en la zona septentrional del Medio Oeste y el Sur del país, de hecho Trump aumentó su voto en los condados afectados, tal y como sucedió también en áreas en las que se había verificado una pérdida sustancial de empleos desde 2016²⁸.

²⁷ Así y todo, en vísperas de las elecciones su popularidad había aumentado al 45 por 100, siete puntos por encima de su índice en octubre de 2016. Véase Daniel Arkin, «Trump's support among white college grads trending down in Midwest», NBC News, 4 de noviembre de 2020.

²⁸ Ashlyn Still y Ted Mellnik, «Democrats gained in nearly every battleground state, running up margins in cities», *The Washington Post*, 16 de noviembre de 2020.

CUADRO 6: LA PARADOJA DE LOS VOTANTES INCONDICIONALES DE TRUMP

| | Incidencia de la infección | Empleos perdidos con Trump |
|------|---|---|
| | <i>217 condados con más de 50 casos de COVID-19 por cada 1.000 hab.</i> | <i>212 condados con al menos el 5 por 100 de pérdida de empleo, 2016-2020</i> |
| 2012 | R +9,4 | R +17,5 |
| 2016 | R +11,7 | R +33,9 |
| 2020 | R +17,5 | R +36,3 |

Suponiendo, aunque sin razones científicas, que puede aplicarse la proporción del 40 por 100 al voto total, ello significa 55 millones de votantes. Dado que tiene 80 millones de seguidores en Twitter, muchos de ellos demasiado jóvenes para votar o reacios a participar, la cifra de 55 millones puede ser una aproximación decente del componente incondicional de sus 73 millones de votos²⁹. Pero, ¿quiénes son los otros 18 millones de votantes de Trump, la componente «blanda» o «suave» que volatilizó la posibilidad de una victoria arrolladora del Partido Demócrata? Una encuesta del Pew Research Center entre los votantes registrados realizada en la segunda semana de octubre revelaba que el problema principal era la economía (35 por 100), seguido por la desigualdad racial (20 por 100), la pandemia (17 por 100), la delincuencia y la seguridad (11 por 100) y la *Affordable Care Act* (11 por 100); en cuanto al cambio climático, una encuesta anterior del mismo Pew Research Center mostró que dos tercios de los partidarios de Biden consideraban la cuestión «muy importante» a la hora de decidir su voto frente a solo uno de cada diez votantes de Trump. Sin restar importancia a la influencia de la incesante y fácticamente absurda acusación de la campaña de Trump presentando las protestas de Black Lives Matter como violentos disturbios liderados por comunistas, parece razonable suponer que los empleos y los ingresos fueron el factor principal en el voto «moderado» de Trump.

Este es, al menos, el veredicto del análisis de la mayoría de los comentaristas. En la primavera, después de que Trump alentara a manifestantes armados a que asaltasen las asambleas legislativas estatales para exigir la «liberación de la economía» de las cuarentenas impuestas por los gobernadores demócratas, se evidenció que su campaña iba a hacer todo lo posible para contraponer los empleos y los ingresos a las medidas de

²⁹ Rachel Lerman, «Trump Twitter follower numbers surge as president says social media tries to “silence” conservatives», *The Washington Post*, 28 de mayo de 2020.

salud pública. La prioridad demócrata correspondiente era prevenir tal división de cuestiones, presentando a Biden como el auténtico candidato defensor de los puestos de trabajo, que reactivaría la economía mediante un agresivo plan nacional de contención de la pandemia y de garantía de condiciones de trabajo seguras mediante la aplicación sin restricciones del poder federal para producir equipos de protección individual y aumentar las inspecciones en los lugares de trabajo. Biden tuvo múltiples oportunidades para tomar la ofensiva y ganar así el voto de los trabajadores. La primera se le presentó en abril y mayo, cuando decenas de miles de trabajadores sanitarios y de Amazon salieron a las calles para protestar por sus peligrosas condiciones de trabajo. Tanto Sanders como Warren aplaudieron las huelgas y ofrecieron legislación de apoyo, pero Biden permaneció en silencio en su sótano en Delaware. Después de que las celebraciones sin mascarillas del Día de los Caídos alentadas por Trump elevaran el número de infecciones a niveles récord, Biden tuvo de nuevo la oportunidad de dejar en pañales a los Republicanos y de lanzar una campaña publicitaria sobre la amenaza de la Casa Blanca para la recuperación. No lo hizo.

Más importante aún es que los debates sobre los proyectos de ley de estímulo económico deberían haber desencadenado acciones de base por parte de los sindicatos y las organizaciones comunitarias en apoyo de las propuestas demócratas. En cambio, Pelosi excluyó a los progresistas de la discusión y llevó a cabo negociaciones privadas con el secretario del Tesoro Steve Mnuchin. En octubre de 2020, millones de personas esperaban desesperadamente un nuevo paquete de ayudas para pagar alquileres, hipotecas y facturas médicas, pero Pelosi se negó a aceptar el paquete de 2 billones de dólares ofrecido en el último minuto por la Casa Blanca. Como señaló repetidamente Hadas Thier desde *Jacobin*, la oferta de Trump podía ser quizá un recurso publicitario para la galería, pero si Pelosi hubiera aceptado el compromiso, ello habría llamado la atención de la ciudadanía sobre la negativa de McConnell y sus secuaces del Senado a considerar gastos de ayuda a la misma escala que proyectos de ley anteriores. Esto habría dado a Biden y a los candidatos demócratas al Senado municiones potentes para ser utilizadas en la batalla final. Por el contrario, Pelosi y los dirigentes del Partido Demócrata «aceptaron la apuesta y asumieron que las negociaciones fallidas dañarían aún más al Partido Republicano en las urnas y arruinarían las perspectivas de reelección de Trump, aunque ello significara no llegar a ningún acuerdo. Se dejó así a millones de personas en la estacada, se mostró su propio cinismo y finalmente se permitió

a Trump fingir más interés que los Demócratas en proporcionar cierto alivio económico»³⁰. Como consecuencia de ello, millones de votantes preocupados se vieron así ante lo que se les presentaba como un juego de suma cero que nunca habría sido necesario plantear.

CUADRO 7: CUANDO LA SALUD PÚBLICA Y EL EMPLEO SE PRESENTAN COMO OPCIONES DE SUMA CERO.

| | Votantes | Trump | Biden |
|---|----------|-------|-------|
| | (%) | | |
| Contener el coronavirus ahora aunque ello dañe la economía | 52 | 19 | 79 |
| Reconstruir la economía ahora aunque ello perjudique la batalla contra el virus | 42 | 78 | 20 |

Fuente: Edison Research, 10 de noviembre de 2020.

Justice Democrats, un comité de acción política fundado por veteranos de la Campaña de Sanders y apoyado por Nurses United, ofreció un juicio mordaz sobre el fracaso del Partido Demócrata a la hora de presentar alternativas económicas convincentes en sus campañas para las dos cámaras del Congreso. «En unas elecciones en las que la economía era la principal preocupación de los votantes, muchos candidatos demócratas al Congreso no ofrecían ningún mensaje económico discernible [...]. Después de la convención demócrata, la ausencia de un mensaje económico del partido era clara. Como observó Ron Bronstein, analista político de la CNN, la convención “tenía un conspicuo punto ciego: no ofreció una crítica concisa de la ejecutoria económica de Trump” pese a la abundancia de oportunidades para hacerlo. Encuesta tras encuesta, Trump quedaba por encima de Biden en el ámbito económico». Aunque Biden recuperó finalmente algo de terreno entre los votantes jóvenes y los indecisos con su propuesta de empleos verdes y «se mantuvo a flote gracias a la fe de los votantes en su capacidad para afrontar la pandemia, ese apoyo no se extendió a los Demócratas candidatos al Congreso. No lograron llenar el vacío con nada que se pareciera a un mensaje económico coherente. Predicablemente, las encuestas a pie de urna el día de las elecciones mostraron que la economía era el principal problema de los votantes. Y como era de esperar, los candidatos demócratas a la Cámara de Representantes y el Senado pagaron el precio de su falta de mensaje económico»³¹.

³⁰ Hadas Thier, «Biden and the Dems Should Have Buried Trumpism. But They Provided No Alternative», *Jacobin*, 11 de noviembre de 2020.

³¹ «What went wrong for Congressional Democrats in 2020», disponible en www.politico.com, 10 de noviembre de 2020.

Debate económica

A Trump le ayudó, por supuesto, la imagen de la fuerte recuperación que ofrecía el informe de empleo del tercer trimestre de 2020, así como el aumento de las ventas de viviendas impulsado por los bajos tipos de interés y la incorporación de 638.000 nuevos empleos en las semanas previas a la elección. Pero la recuperación de la caída está ya demostrando ser un espejismo. La mitad de la mejora laboral registrada en octubre se verificó en el comercio minorista, bares y restaurantes, y ahora se está evaporando rápidamente a medida que la terrible segunda ola obliga a nuevos cierres en estados y ciudades hasta ahora reacios. Sin nuevos créditos y a falta de una mayor demanda de consumo, decenas de miles de pequeñas empresas cerrarán o serán devoradas por Amazon en un auto de fe cuasi weimariano de la pequeña burguesía (según el sector, más de cien mil restaurantes han cerrado ya permanentemente sus puertas)³². Trump, evidentemente, está feliz por haber dejado tras de sí tanto caos y ruina económica como le ha sido posible crear para saludar así al nuevo inquilino de la Casa Blanca. El día de Año Nuevo terminará la moratoria en los pagos de la deuda de los estudiantes, expirarán los pagos semanales suplementarios a los desempleados y no habrá más cheques de estímulo. Para prevenir este desastre, los Demócratas que deben ser renovados en la Cámara de Representantes pueden reabrir las negociaciones con el Senado, pero hay pocas posibilidades de que McConnell acepte cualquier otra cosa que no sea un paquete de estímulos en miniatura, fuertemente sesgado en pro del grupo de donantes republicanos, que ha sido su punto de fricción desde el final del verano (como comentó Olugbenga Ajilore, economista principal del Center for American Progress: «Decir que no necesitamos tanta ayuda es ridículo. Lo que ello indica es que sólo debemos preocuparnos de los varones blancos y de nadie más»)³³.

Si el punto muerto se mantiene hasta la toma de posesión, Biden se enfrentará a una tormenta perfecta de crecientes fallecimientos por coronavirus y renovada desesperación económica. En el frente de la pandemia, estará adecuadamente preparado para luchar contra ella con una estrategia federal, diseñada y dirigida por científicos, y un suministro cada vez mayor de nuevas vacunas. Pero su puesta en práctica debe

³² Rachel Chang, «100,000 Restaurants Have Closed in the Last 6 Months During the Pandemic», *Travel and Leisure*, 17 de septiembre de 2020.

³³ Citado en Ben Casselman y Jim Tankersley, «Even Before Biden Takes Office, He Faces Quandary on Stimulus», *The New York Times*, 15 de noviembre de 2020.

despejar primero el obstáculo de los preparativos estatales insuficientemente financiados para distribuir la vacuna, especialmente entre las poblaciones más vulnerables. En su guerra contra los estados y las ciudades gobernadas por el Partido Demócrata, Trump ha permitido que solo llegue a sus departamentos de salud pública un goteo de ayuda en contraste con los miles de millones que ha suministrado a las grandes farmacéuticas. El Partido Demócrata deberá rectificar esta situación tan pronto como Biden llegue a la Casa Blanca o de lo contrario el lanzamiento de la vacuna se convertirá en un caos.

Pero es la falta de una estrategia económica coherente, dirigida especialmente a los trabajadores que optaron por Trump, lo que podría convertir en un fiasco los cien primeros días de mandato de Biden. El Partido Demócrata debe aprobar rápidamente un paquete de estímulos lo bastante grande como para sostener el poder adquisitivo, salvar ciudades y estados de la quiebra y evitar el colapso de la inversión en la economía real. El «Heroes Bill» [proyecto de ley «Héroes»], aprobado por la Cámara de Representantes el 1 de octubre y luego secuestrado en el Senado, autorizó un presupuesto de ayuda de 2,2 billones de dólares; a finales de enero, sin embargo, la economía podría caer tan rápidamente que quizás pueda ser necesario el doble de esa cantidad para activar la ignición keynesiana. Pero si McConnell mantiene el control de la mayoría del Senado, volverá a tener el poder de vetar o reducir lo que propongan los Demócratas. Para que el Partido Republicano arrase en las elecciones a la Cámara de Representantes en las elecciones de medio mandato de 2022, intentará mantener la agitación económica y social a fuego lento, si no en ebullición.

El discurso de aceptación de Biden, en particular sus apasionadas promesas de sanar divisiones y trabajar conjuntamente con su viejo amigo Mitch, eran síntomas, por decirlo suavemente, de una extraña variedad del síndrome de Estocolmo. Desde que Newt Gingrich declaró la guerra sin cuartel contra Bill Clinton en 1995, lo único con lo que la mayoría de los Republicanos está dispuesta a responder a los gestos conciliadores del Partido Demócrata es con más balas. Hasta que puedan destronar al líder de la mayoría, los Demócratas tienen pocas posibilidades de aprobar la enmienda de «opción pública» a la *Affordable Care Act* de reducir la edad para disfrutar de Medicare a los 60 años, o de crear las vías hacia la ciudadanía que Biden prometió a los inmigrantes durante la campaña. Las propuestas de reformas constitucionales que generaron tanto entusiasmo durante las primarias demócratas –la eliminación del Colegio Electoral, el restablecimiento de las leyes de reforma de la financiación

de campañas derogadas por el Tribunal Supremo en 2010, la estatalidad para el Distrito de Columbia y tal vez de Puerto Rico— están muertas de antemano y probablemente acumularán polvo durante otra década.

¿Guerra civil servida fría?

No se puede culpar de ese sombrío escenario, como afirmaron instantáneamente algunos Blue Dogs derrotados, a Black Lives Matter y al Progressive Caucus. Por el contrario, a los progresistas les fue bien en las elecciones, conservando todos sus escaños y agregando nuevas estrellas al firmamento del Squad: Jamaal Bowman en Nueva York, Marie Newman en Chicago y Cori Bush en St Louis. Todos los titulares de los distritos en juego que habían defendido conjuntamente Medicare for All fueron reelegidos, mientras más de una docena de medidas progresistas en juego en las elecciones estatales —incluido un salario mínimo de 15 dólares por hora en Florida— se aprobaron incluso pese a la mayoría de Trump (la gran excepción, paradójicamente, fue California, donde una avalancha de dinero empresarial derrotó importantes iniciativas respaldadas por sindicatos e inquilinos). El Progressive Caucus, además, ha lanzado una enérgica campaña para garantizar que Biden asigne algunos puestos clave en su gabinete a la izquierda; en lo alto de la lista están Sanders como secretario de Trabajo y Warren como secretaria de Hacienda o Educación. Esa es la prueba de fuego que determinará la actitud de los progresistas hacia la nueva Casa Blanca.

La base activista, además, está solo débilmente atada a la estrategia construida sobre la premisa de que el Partido Demócrata puede ser ganado finalmente por la izquierda. La derrota de Sanders en las primarias fue profundamente desmoralizadora para sus partidarios y fue aún peor por su inesperada concesión a los negociadores de Biden del tema distintivo del movimiento: un sistema sanitario organizado por un pagador universal único³⁴. Black Lives Matter rescató fortuitamente a muchos de los desanimados activistas de Sanders, manteniéndolos en las calles y canalizándolos a campañas locales de promoción del voto. Pero BLM

³⁴ Sin embargo, muchos delegados progresistas continuaron luchando por Medicare for All, pero el Comité de Programa del Democratic National Center votó en su contra por 125 a 36 votos. Además, el Comité rechazó diversos intentos de extender Medicare a los niños y de reducir la edad de elegibilidad de los 65 a los 55 años. Kyle Kulinski, uno de los fundadores de Justice Democrats, tuiteó: «La historia no juzgará esto favorablemente. Es como oponerse al *New Deal* durante la Gran Depresión. Imperdonable». Jake Johnson, «DNC Platform Committee Votes Down Medicare for All Amendment», *Common Dreams*, 28 de julio de 2020.

ha alcanzado su propia encrucijada, al ser anatema, incluso para los Demócratas más progresistas, la consigna de «desfinanciar a la policía», que aunque sea una exigencia totalmente necesaria, resulta tal vez un eslogan pobre. Con las esperanzas de los trabajadores con salarios bajos aplastadas por el desastre económico, los activistas están en general de acuerdo en que se necesita una estrategia organizativa basada más explícitamente en la clase y étnicamente inclusiva, que al mismo tiempo preserve las reivindicaciones y la experiencia de BLM, así como el papel dirigente de las mujeres jóvenes de color. Pero no existe un núcleo organizativo inmediatamente obvio en torno al cual pueda cohesionarse una nueva política de masas que tienda un puente entre la reforma socialdemócrata y las condiciones económicas extremas. Lo más electrizante durante las primarias y más localmente durante la campaña final fue la iniciativa de base y el espíritu combativo demostrado por los jóvenes de color, las generaciones X y Z. El proyecto electoral progresista está demasiado hipotecado en realidad por esperanzas efímeras como para sostener tal activismo, especialmente a la sombra del presente Congreso atrapado en la actual situación de punto muerto, dada la actual mayoría republicana en el Senado, por lo que el objetivo debe ser la creación de más «organizaciones de organizadores», que ofrezcan nichos capaces de brindar a los jóvenes pobres, no solo a los exestudiantes de posgrado, trayectorias coherentes de lucha.

En definitiva, ¿cuál es el panorama general tras estas elecciones? Para un buen observador como William Galston, de Brookings Institution, las predicciones de una gran victoria demócrata eran intrínsecamente improbables dada la naturaleza monolítica de los bloques que votaron en las últimas elecciones y la desaparición del voto dividido. «Vivimos en una era de elecciones presidenciales muy disputadas, sin precedentes en el siglo pasado [...]. Esta imagen contrasta con los resultados de las elecciones presidenciales verificadas entre 1920 y 1984 [...]. Durante ese periodo de sesenta y cuatro años, la pugna entre los dos partidos se asemejaba a la Segunda Guerra Mundial, con un alto nivel de movilidad y rápidas ganancias y pérdidas de grandes extensiones de terreno. La era contemporánea, por el contrario, se asemeja a la Primera Guerra Mundial, con una sola línea de batalla en su mayoría inmóvil y una guerra de posiciones interminable»³⁵. Thomas Carothers y Andrew O'Donohue expresan esto mismo en *Foreign Affairs* en el ámbito internacional: «Una poderosa

³⁵ William A. Galston, «In the Popular Vote, Why Wasn't Biden's Victory Bigger?», Brookings Institution, 12 de noviembre de 2020.

confluencia de ideología, raza y religión hace inusualmente amplias y profundas las divisiones que se observan en Estados Unidos. Es difícil encontrar en el mundo otro ejemplo de polarización que fusione de manera similar los tres tipos principales de divisiones identitarias»³⁶. De acuerdo con estos tres analistas, la congestión sin salida se ha convertido en la situación por defecto de la política estadounidense. Los republicanos están molestos, porque su parte del voto popular está «estancada en una franja que oscila estrechamente entre el 46 y el 47 por 100», mientras que los Demócratas están frustrados por la solidez de la coalición de Trump, «una característica destacada del panorama político en los próximos años», así como por el descubrimiento de que el cambio demográfico no genera automáticamente su mayoría electoral. «La conclusión inevitable es que, a menos que Joe Biden coseche un inusitado éxito en su presidencia durante los próximos cuatro años, persistirá el ciclo que ya dura más de treinta años de victorias estrechas y alternancias regulares de poder en la Casa Blanca y en el poder legislativo»³⁷.

Galston, evidentemente, no tiene en cuenta el futuro del crecimiento económico o el escenario de una economía estancada con altos niveles de desempleo estructural y pobreza, una pesadilla que pesaba mucho sobre la mente de millones de votantes a principios de noviembre y que, como he sugerido, motivó a muchos de ellos a taparse la nariz y votar por Trump. Los progresistas están siendo realistas, no farisáticos, cuando insisten en que el cambio estructural profundo es el único programa acorde con las necesidades de los trabajadores en el oscuro invierno estadounidense que podemos tener ante nosotros. Pero son los Republicanos, no las facciones demócratas, quienes darán forma a la agenda del próximo año, seleccionando los campos de batalla donde más les favorece su mayoría en el Senado y su capacidad de bloqueo en el Tribunal Supremo. Al mismo tiempo, los posibles sucesores de Trump –los favoritos actuales incluyen a Tom Cotton, Josh Hawley, Nikki Haley y Ted Cruz– competirán para proporcionar carne cruda a los vengativos seguidores de Trump. Con la extrema derecha esforzándose por sembrar de trampas el recorrido del Partido Demócrata, el ánimo de linchamiento presente entre los Republicanos se hará cada vez más peligrosamente antidemocrático y explosivo.

³⁶ Thomas Carothers y Andrew O'Donohue, «How Americans Were Driven to Extremes », *Foreign Affairs*, 25 de septiembre de 2019.

³⁷ W. A. Galston, «In the Popular Vote, Why Wasn't Biden's Victory Bigger?», cit.

En enero pasado, el conocido politólogo Larry Bartels realizó una preocupante encuesta entre los Republicanos. La mayoría de ellos creía que «el tradicional estilo de vida estadounidense está desapareciendo tan rápidamente que es posible que tengamos que usar la fuerza para salvarlo». Y dos quintos creían que «llegará un momento en que los estadounidenses patriotas tendrán que tomarse la justicia por su mano». «Con respecto a ambas cuestiones –agrega Bartels– la mayoría de los restantes afirmaban no estar del todo seguros; solo uno de cada cuatro o cinco estaba en desacuerdo». Después de analizar cuidadosamente las respuestas a su cuestionario, Bartels concluyó que el miedo blanco al creciente poder político y social de los inmigrantes y la gente de color se había acrecentado bajo Trump convirtiéndose en un peligroso rechazo de las normas democráticas³⁸. En efecto, la mayoría de los partidarios incondicionales de Trump parecen estar de acuerdo con los Proud Boys y el resto de la extrema derecha alternativa en que la violencia política estaba justificada en defensa de la supremacía blanca y los «valores tradicionales». Los estados de terror son, por supuesto, tan estadounidenses como el pastel de manzana. Lo que en los estados sureños se denominó «resistencia masiva» a finales de la década de 1950 y principios de la de 1960, involucró a cientos de miles de blancos, desde banqueros hasta amas de casa, en una oposición activa al movimiento por los derechos civiles, que dieron su apoyo descarado a la policía y la violencia callejera. Cabe recordar asimismo la gran popularidad del «segundo» Klan nativista en estados del medio oeste como Ohio e Indiana durante la década de 1920. Durante la presidencia de Trump han sido desenterradas estructuras profundas del pasado y estas han recibido aliento para estrangular el futuro. ¿Guerra civil? Alguna analogía es inevitable y no debe descartarse sin más.

³⁸ Larry Bartels, «Ethnic antagonism erodes Republicans» commitment to democracy», PNAS, 10 de julio de 2020, p. 1